

¿Qué causas explican el aumento de la desigualdad en Europa y en España? ¿Podemos revertir la tendencia?

Pedro José Gómez
Universidad Complutense de Madrid

*-¿Que es lo que impulsa a los grupos de presión poderosos y vociferantes a exigir mayor equidad?
- Con frecuencia no se trata mas que de una confusa combinación entre envidia y culpa burguesa.*

Margaret Theacher

«Dios no hace acepción de personas» (Hch 10,34; cf. Rm 2,11; Ga 2,6; Ef 6,9), porque todos los hombres tienen la misma dignidad de criaturas a su imagen y semejanza. La Encarnación del Hijo de Dios manifiesta la igualdad de todas las personas en cuanto a dignidad: «Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28; cf. Rm 10,12; 1 Co 12,13; Col 3,11).

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia nº 144

1. Un acercamiento inicial: la desigualdad es un fenómeno escurridizo

Aunque el objeto central de esta exposición es realizar una aproximación a la evolución de la desigualdad en España y en Europa durante los últimos años y a sus determinantes, considero conveniente realizar algunas precisiones introductorias de carácter general respecto a la desigualdad y a su valoración ética y económica, que sirvan de contexto al análisis posterior.

Los economistas acostumbran a utilizar una serie de conceptos con significados aparentemente claros e intuitivos, pero que resultan de muy difícil delimitación cuando quieren ser definidos y cuantificados con mayor exactitud. Es el caso de términos tan habituales como *pobreza*, *riqueza*, *progreso*, *desarrollo* o *desigualdad*. Cualquiera parecería capaz de expresar su contenido, hasta que lo intenta. ¿Cuándo alguien es pobre y cuándo deja de serlo? ¿Qué países son desarrollados y cuáles no? ¿Es nuestra sociedad igualitaria o desigual? Son preguntas de engañosa simplicidad que nos obligan a precisar con esfuerzo el significado de las palabras.

De hecho, al referirnos a la desigualdad nos acercamos a una realidad poliédrica y compleja. Solo con preocuparnos de su realidad surge la pregunta: ¿desigualdad, de qué o respecto a qué? Porque son muchos los aspectos sobre los que podríamos intentar captar la desigualdad: el poder, el prestigio, las oportunidades, las condiciones de vida, la riqueza, los ingresos, el reconocimiento de los esfuerzos o méritos, las capacidades, etc. De hecho, las sociedades humanas son completamente diversas respecto a todas estas variables y, a su vez, los individuos somos radicalmente diferentes, lo que nos

plantea una cuestión cuasi filosófica: ¿puede haber igualdad si somos tan diferentes en todo? Y otra no menos problemática: ¿qué distingue la *diferencia* de la *desigualdad*? La primera es un hecho irreductible pero, ¿sería sensato o posible eliminar la segunda?

Más aún, incluso si nos referimos exclusivamente al ámbito económico y aunque parece haber un sentimiento colectivo muy generalizado contrario a la desigualdad -sea por envidia o por justicia- resulta que, por un motivo de pura lógica, hemos de aceptar que lograr la equidad en la sociedad desde una perspectiva supone inevitablemente aceptar no hacerlo desde otra. Por ejemplo, conseguir la igualdad de oportunidades significaría aceptar la desigualdad de resultados en los ingresos o la riqueza porque la suerte y el empeño en desarrollar una actividad productiva se reparten de modo muy diverso. En cambio, igualar los ingresos de la población significaría sacrificar la igualdad en la recompensa del trabajo o el esfuerzo realizado por cada miembro de la misma. Incluso tendríamos que reconocer que una igualación de los ingresos de todos los individuos presupondría tolerar una amplia desigualdad en sus condiciones de vida, ya que las necesidades económicas de cada persona son diferentes (no es lo mismo tener salud que carecer de ella, tener una u otra edad, vivir en familia o comunidad o solo, etc.). Por no hablar del hecho de que una igualación de los ingresos en el ámbito laboral puede ser perfectamente compatible con grandes inequidades vitales como, por ejemplo, las derivadas del muy desigual reparto del trabajo no remunerado dentro de los hogares entre varones y mujeres.

Con todo, en la práctica, los economistas acaban por circunscribir su análisis de la desigualdad a la distribución de la renta entre el conjunto de los individuos de la sociedad para lo que hacen una estimación de los ingresos que corresponden a cada miembro de la unidad familiar¹ y, posteriormente, comparan las rentas de distintos porcentajes de la población entre sí (la quinta o décima parte más rica con las más pobres, etc.) o analizan la evolución agregada de la desigualdad mediante un indicador -el índice de Gini- que oscila entre el valor 0 -que se daría en un caso de distribución de la renta absolutamente equitativo- y el valor 1 -que reflejaría la concentración de todo el ingreso nacional en un solo individuo y que expresaría, por tanto, el máximo grado de inequidad-. Como podemos imaginar, en el mundo real ambos valores extremos son imposibles y, de hecho, cada país se encuentra en algún lugar entre el 0,20 y el 0,75, por lo que se refiere a los valores del índice de Gini².

Una última mirada en esta aproximación introductoria a la desigualdad ha de dirigirse a la identificación del fenómeno en las últimas décadas a nivel nacional e internacional. Y, a pesar de los matices que la multitud de estudios empíricos podría obligarnos a realizar, existe un acuerdo casi unánime en que la

¹ En este proceso técnico orientado a delimitar la renta disponible, se suman los ingresos directos de cada hogar, se añaden las transferencias públicas y se restan los impuestos. Posteriormente, se divide el ingreso total entre los miembros de la unidad doméstica de un modo ponderado ya que ciertos gastos fijos se comparten entre los miembros de la misma familia al vivir juntos. Así según el criterio de la OCDE, utilizado habitualmente por la Unión Europea, el primer adulto pondera 1, el segundo 0,5 y cada menor de 14 años un 0,3.

² Con frecuencia los datos se dan en *tanto por cien* y no en *tanto por uno*, así se pueden medir modificaciones leves de la equidad que implicarían manejar cifras con muchos decimales.

magnitud de la desigualdad económica a nivel mundial es extraordinaria y que la crisis actual no ha hecho sino agravar la tendencia³. La única precisión que sería necesario añadir a este predominio de la desigualdad es que el extraordinario crecimiento económico de los países denominados emergentes - particularmente China e India- durante las últimas décadas ha contribuido a reducir la pobreza absoluta, a generar una más amplia clase media mundial y, en esa medida, a contener parcialmente el incremento de la desigualdad. Si excluimos este fenómeno, la inequidad se ha ampliado a escala planetaria desde hace décadas.

Los datos al respecto resultan sencillamente estremecedores, especialmente a nivel internacional. Así, al tiempo que -según el Banco Mundial- 900 millones de personas sobrevivían con 1,90 dólares al día en 2012, el multimillonario mexicano Carlos Slim o el norteamericano Bill Gates poseían fortunas que superaban los 60.000 millones de dólares -según las estimaciones anuales que proporciona la revista Forbes-. Estudios recientes afirman que el 1% de la población mundial posee tanto como el 99% restante o que solo 85 personas poseen tanto como la mitad de la población mundial (3.700 millones)⁴.

2. La valoración ética y económica de la desigualdad

Constatada la extremada complejidad del fenómeno de la desigualdad económica que pretendemos aprehender, vamos a abordar brevemente dos interrogantes que atraviesan el debate entre los economistas que estudian esta realidad. ¿Es la desigualdad económica *justa*? ¿Es *funcional* a la dinámica capitalista? Se trata de dos cuestiones de la mayor importancia para quienes desean analizar la desigualdad bajo la perspectiva que aporta la doctrina social de la Iglesia y su posible contribución a impulsar sociedades más justas con propuestas que sean, al mismo tiempo, técnica, social y políticamente viables. Se trata de dos preguntas que, como es obvio, son contestados de diferente manera por los distintos analistas sociales. Hagamos una breve síntesis de sus planteamientos.

Por lo que se refiere a la justicia o injusticia vinculadas a la desigualdad existen dos posiciones opuestas. Para los economistas de inspiración liberal, la desigualdad es el resultado natural de las distintas predisposiciones, esfuerzos y capacidades de los individuos que conducen, necesariamente, a logros diversos. Desde este punto de vista, la desigualdad no solo es consecuencia lógica de la actividad económica, sino que es resultado del justo premio a los distintos comportamientos económicos y debe preservarse para incentivar el esfuerzo personal. Si el mercado premia a los trabajadores o empresarios más eficaces -con salarios y beneficios más altos- y penaliza a los trabajadores y empresarios menos hábiles o dedicados -con menores salarios o con pérdidas-

³ DÍAZ SALAZAR, Rafael: *Desigualdades internacionales. ¡Justicia ya!* Icaria, Barcelona, 2011. MILANOVIC, Branko: *La era de las desigualdades*, Sistema, Madrid, 2006. OXFAM-INTERMON: *Iguales. Acabemos con la desigualdad extrema. Es hora de cambiarla reglas*. 2015. PIKKETY, Thomas: *El capital en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2014.

⁴ FUENTES NIEVA, Ricardo y GELASSO, Nick: *Gobernar par las élites. Secuestro democrático y desigualdad económica*, OXFAM Intermon, publicado el 24 de enero de 2014.

entonces su dinámica acaba conduciendo al resultado social agregado más conveniente. La desigualdad sería, pues, justa y, además, un acicate para el dinamismo económico que debería preservarse, si no se deseara erosionar la eficacia y la eficiencia económicas. Desde esta perspectiva, lo que cada persona gana o posee es el merecido fruto de su trabajo. De este modo, la desigualdad, además de considerarse natural o inevitable resultaría, a un tiempo, legítima⁵.

Frente a esa postura son numerosos los expertos que subrayan que la desigualdad ni es natural, ni es justa. El motivo es sencillo, en realidad todo lo que somos y tenemos lo hemos obtenido en la sociedad de la que participamos en procesos mediados por las instituciones, la cultura, las relaciones de poder, la casualidad, etc. Nadie se "ha hecho a sí mismo solo" como proclama el mito liberal, sino formando parte de un conjunto muy amplio de interdependencias. De un modo -quizá algo más claro- podemos afirmar que el nivel de ingresos y riqueza que cada persona posee depende, en primer lugar, de factores puramente aleatorios -como la raza, el género, la edad o la salud-, en segundo término de su ubicación social -nivel de desarrollo del país, clase social o familia a los que pertenece- y solo, en último término, de su propio esfuerzo personal que, además, también estará mediado por la suerte en el desempeño de la actividad profesional, por las distintas capacidades biológicas heredadas por cada uno y por la posibilidad de haberlas cultivado adecuadamente en los procesos educativos. Por lo tanto, si como mucho debemos a nuestro esfuerzo personal directo el 25% de nuestros ingresos, resulta evidente que la desigualdad ni es natural, ni es justa⁶. Desde esta perspectiva, la lucha contra la desigualdad resultaría plenamente legítima, habida cuenta la común igualdad de los seres humanos en dignidad y su universal derecho a poder acceder a un nivel de vida decente.

Una segunda cuestión -ampliamente debatida entre los economistas- es si, más allá de la valoración moral de la equidad, cabría estimar si esta beneficia o perjudica la actividad económica y el crecimiento. Nuevamente constatamos la diversidad de posicionamientos al respecto pero, en este caso, parece que se ha ido modificando la posición dominante con el paso del tiempo. Mientras hace varias décadas la mayor parte de los economistas parecían aceptar la inevitabilidad de la desigualdad -al menos en las primeras fases del desarrollo-, actualmente van siendo mayoría quienes sostienen que la desigualdad no solo tiene importantes consecuencias sociales negativas, sino que constituye al mismo tiempo un obstáculo para el adecuado desenvolvimiento económico y que, por consiguiente, debe ser afrontada por la política económica -como una situación a superar- entre sus objetivos fundamentales.

⁵ Un descarnado ejemplo de este planteamiento en RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos: "Pobres, pobres", *El País*, sábado 6 de junio de 1998.

⁶ MILANOVIC, Branko: *Los que tienen y los que no tienen*, Alianza Editorial, Madrid, 2012.

Resumiendo los principales argumentos que vinculan negativa y positivamente la desigualdad con el crecimiento podríamos destacar los siguientes, comenzando por los que perciben una relación positiva ⁷:

- Quienes -como Kuznets o Lewis- consideraban inevitable que el proceso de desarrollo económico generase desigualdad, suponían que la industrialización haría pasar a la población paulatinamente de empleos poco productivos con salarios bajos -en la agricultura tradicional- a otros -en el sector moderno- con mayor productividad e ingresos. Durante toda la transición, la desigualdad crecería, hasta el momento en el que la estructura económica global se hubiera modernizado, igualando los niveles de productividad y, en consecuencia, las retribuciones de los trabajadores. Sólo entonces la dinámica económica generaría mayor equidad.
- En el ámbito de la economía del desarrollo se utilizó también el argumento de que, para impulsar el ahorro y la acumulación de capital, era preferible una distribución desigual de la renta, ya que -por lógica- las clases altas tienen una propensión al ahorro muy superior a las clases trabajadoras y particularmente a los pobres que, dados sus bajos ingresos, tienden a dedicar al consumo la mayor parte de la renta. En definitiva, los países pobres con mucha igualdad no lograrían ahorrar e invertir lo suficiente ni, en consecuencia, salir de la trampa de la pobreza. Según esta perspectiva, primero había que crecer y, luego, se podría distribuir. O, en otra de sus versiones, el crecimiento económico acabaría teniendo un efecto generalizado sobre el conjunto de la población por una dinámica de derrame o de goteo pero, inicialmente debería asumirse la necesidad de un incremento de la desigualdad.
- Por último, ya se ha enunciado el argumento según el cual la inexistencia de desigualdades en la distribución del ingreso desincentivaría la actividad económica y la motivación de los trabajadores. Si las remuneraciones se independizan del esfuerzo, la iniciativa y el riesgo de los agentes económicos, no habría razones para incrementar estos. Son muchos los economistas que atribuyen precisamente a este factor el fracaso económico del modelo comunista de planificación centralizada que se mostró incapaz de elevar sustancialmente la productividad del trabajo y la eficiencia técnica.

Pero, como indicaba anteriormente, hoy en día se multiplican los argumentos contra la desigualdad por motivos estrictamente económicos:

- Por una parte, se constata que el crecimiento económico no depende solo de la acumulación de capital, sino también de la capacidad de consumo de la población. Ya hace más de medio siglo el economista norteamericano Paul Baran constató que en los países del tercer mundo había ahorro de las clases altas, pero no inversión local por falta de una

⁷ NOVALES CINCA, Alfonso: *La lucha contra la pobreza como objetivo de política económica*, Conferencia de inauguración del curso académico 2012-2013 en la Universidad Complutense de Madrid.

demanda solvente. Por esa situación de empobrecimiento de la mayor parte de la población, los ricos preferían sacar sus ahorros del país, invertir fuera de su nación o dedicar sus elevados ingresos al consumo suntuario en lugar de a la inversión productiva. La misma crisis actual es explicada por muchos economistas como resultado de la concentración de la riqueza y el deterioro de las rentas del trabajo que habría minado las fuentes de un crecimiento sano y equilibrado⁸.

- Por otra parte, se verifica que la desigualdad genera todo tipo de trastornos individuales y conflictos sociales que frenan la actividad económica y drenan recursos para paliar esas patologías que no se pueden dedicar a la producción. La desigualdad, cuando es severa, deteriora el entorno económico, eleva la incertidumbre, degrada la calidad de las instituciones, alimenta la violencia y fomenta la corrupción. Los individuos, por otra parte, experimentan trastornos en la salud física y mental que merman su capacidad productiva. Ni que decir tiene que la globalización económica y el impacto difusor de la desigualdad causado por los medios de comunicación agravan estos problemas a escala internacional. Detrás de los movimientos migratorios, el narcotráfico o el terrorismo internacional hay muchos factores pero, indudablemente, uno de ellos es la enorme desigualdad que caracteriza nuestro mundo. Y estos dramáticos problemas son sociales, pero también económicos.
- Más aún, en contra de lo señalado anteriormente, numerosos estudios parecen constatar que la desigualdad, cuando es significativa, desincentiva el esfuerzo de la mayoría de la población. Esto es así porque los pobres perciben su condición como inamovible e independiente de su comportamiento y actitudes, atribuyendo el progreso económico personal a la casualidad o a la pertenencia a las clases acomodadas. De hecho, la mayoría de las clases populares son excluidos del acceso al mercado de capitales, no pueden permitirse una educación adecuada y acaban percibiendo que su situación vital no depende de su esfuerzo, por lo que toman decisiones que perpetúan su postración social y económica. A la postre, para cualquier país mantener a buena parte de su población sin desarrollar sus capacidades constituye el mayor coste económico imaginable.

3. Una primera aproximación a la desigualdad en nuestro entorno

Ya antes de que se iniciara la crisis venía observándose una tendencia moderada a la elevación de la desigualdad en la Unión Europea, en el conjunto de la OCDE y, más intensa, en el resto del mundo⁹. Así, según estimaciones

⁸ ÁLVAREZ, Ignacio; LUENGO, Fernando y UXÓ, Jorge: *Fracturas y crisis en Europa*, Clave intelectual, Madrid-Buenos Aires, 2013. VAN TREECK, T. y STURN, S.: "Income Inequality as a Cause of the Great Recession. A Survey of Current Debates", *Conditions of Work and Employment Series*, 39. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2012.

⁹ Un desarrollo mucho más amplio del contenido de este y el siguiente apartado en GÓMEZ SERRANO, Pedro José y MOLERO, Ricardo: *El incremento de la desigualdad y la exclusión social en la UE15 y sus determinantes* FOESSA, Madrid 2014.

del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2010)¹⁰, desde los años noventa del siglo XX en dos de cada tres estados había aumentado la desigualdad y en uno se habría reducido. En las dos décadas anteriores a la crisis actual, la desigualdad creció de un modo constante, aunque pausado, en la OCDE (aumentando unos dos puntos porcentuales el índice de Gini) y, al menos, en dos tercios de sus economías, produciéndose, al mismo tiempo, una cierta convergencia (OCDE, 2008)¹¹. Así, las más igualitarias lo fueron cada vez menos y las menos equitativas redujeron modestamente su nivel de desigualdad. Con todo, la dispersión al inicio de la crisis continuaba siendo muy alta, ya que el índice de Gini para la renta disponible de los hogares oscilaba entre el de 0,23 para Eslovenia y el 0,49 de Chile. La pobreza se elevó, así mismo, 1,5 puntos porcentuales en ese periodo si se mide -como suele hacer la OCDE- con el umbral del 50% de la mediana de la renta disponible en cada país.

Por otra parte, la crisis económica ha tenido profundas repercusiones sobre la desigualdad y la pobreza en los países desarrollados, aunque con diferencias muy importantes entre los mismos según haya sido la gravedad de la recesión, los sectores económicos más afectados, las características de los mercados de trabajo, los sistemas de protección social vigentes, las políticas económicas adoptadas, y el perfil de las reformas estructurales implementadas para afrontarla. Desde la perspectiva de lo ocurrido en el conjunto de la OCDE (2013)¹² podemos concluir que las consecuencias de la crisis y la gestión de la misma ha sido muy diversa, caracterizándose Europa, precisamente por haber afrontado su salida desde una opción más restrictiva en el ejercicio de la política económica con repercusiones muy negativas para la equidad. De un modo análogo, en los últimos años la crisis está acentuando la desigualdad en las naciones menos desarrolladas como consecuencia del efecto rebote que la crisis internacional está teniendo en las economías emergentes y, de un modo derivado, en todas aquellas otras que dependen de las exportaciones de materias primas.

El cuadro 1. Evolución del índice de Gini en varios países seleccionados 2007-2014

| | 2007 | 2008 | 2009 | 2010 | 2011 | 2012 | 2013 | 2014 |
|----------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| UE-15 | 30,3 | 30,8 | 30,5 | 30,5 | 30,8 | 30,4 | 30,4 | 30,9 |
| Alemania | 30,4 | 30,2 | 29,1 | 29,3 | 29,0 | 28,3 | 29,7 | 30,7 |
| España | 31,9 | 31,9 | 32,9 | 33,5 | 34,0 | 34,2 | 33,7 | 34,7 |
| Francia | 26,6 | 29,8 | 29,9 | 29,8 | 30,8 | 30,5 | 30,1 | 29,2 |
| Grecia | 34,3 | 33,4 | 33,1 | 32,9 | 33,5 | 34,3 | 34,4 | 34,5 |
| Italia | 32,2 | 31,0 | 31,5 | 31,2 | 31,9 | 31,9 | 32,5 | 32,4 |
| Portugal | 36,8 | 35,8 | 35,4 | 33,7 | 34,2 | 34,5 | 34,2 | 34,5 |
| R. Unido | 32,6 | 33,9 | 32,4 | 32,9 | 33,0 | 31,3 | 30,2 | 31,6 |
| Suecia | 23,4 | 24,0 | 24,8 | 24,1 | 24,4 | 24,8 | 24,9 | 25,4 |

Fuente: Eurostat

¹⁰ PNUD: *Informe sobre Desarrollo Humano*, Mundi-Prensa. Nueva York, 2010.

¹¹ OCDE: *Growing Unequal? Income Distribution and Poverty in OECD Countries*, París: OECD Publishing, 2008

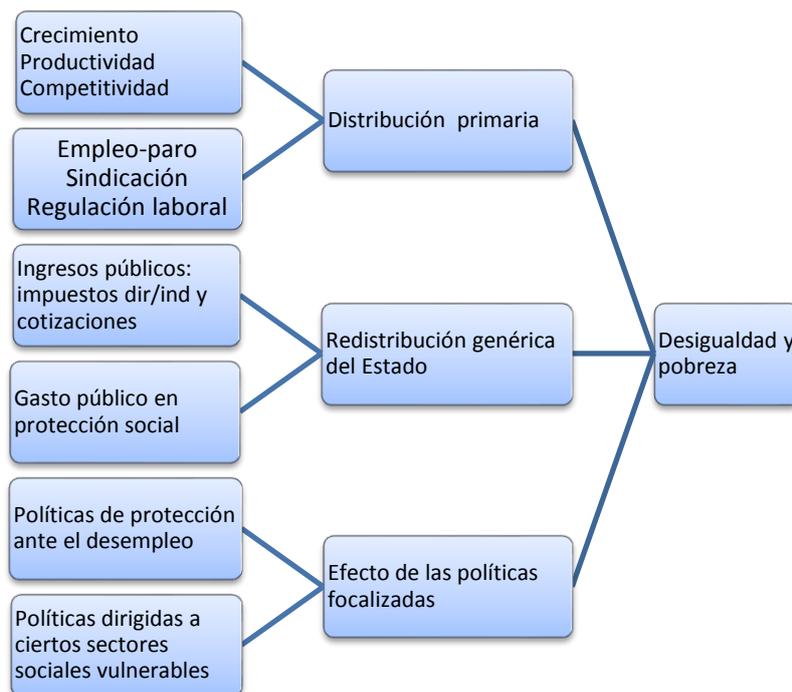
¹² OCDE: *Crisis Squeezes Income and Puts Pressure on Inequality and Poverty. New Results from the OECD Income Distribution Database*, París: OECD Publishing, 2013.

Con todo, ni a nivel mundial ni a nivel europeo se puede constatar una clara correlación entre la magnitud de la recesión y la variación de la desigualdad como, en principio cabría suponer. Algo que ilustra con claridad el cuadro 1 que registra la variación de la distribución de la renta por medio del índice de Gini a lo largo de los últimos años para el conjunto de países europeos que constituyen la referencia inmediata para España.

Así, potencias europeas como Alemania que han sufrido la crisis de un modo moderado apenas han experimentado aumento de la inequidad al tiempo que otros como Francia han visto como ésta aumentaba nada menos que un 10%. Más curioso es el caso de los países más afectados por la recesión que muestran un comportamiento completamente dispar. Mientras España ha padecido un aumento de la desigualdad análogo al francés, aunque la caída del producto fue mucho más pronunciada, Grecia -el país que ha sufrido el deterioro más drástico del PIB- no ha aumentado su desigualdad en estos años. Algo parecido puede observarse en Italia. Pero lo que resulta sumamente sorprendente es constatar como Portugal -que padeció una severa contracción económica y las restricciones derivadas de la necesidad de un rescate financiero- vio como durante este periodo la desigualdad disminuía claramente. Lo que permite concluir que, incluso en situaciones de grave postración económica, cabe repartir los costes de las crisis de un modo equitativo o, por el contrario, permitir que sus efectos más negativos se concentren en sectores sociales particulares.

La desigualdad final de ingresos que experimenta una sociedad depende de varios procesos acumulativos. Los economistas suelen señalar que existen dos tipos de distribución de la renta: la *primaria* -o de mercado- que es el resultado de computar la retribución a los factores productivos (salarios y beneficios) y la *secundaria* -que es el resultado de la posterior acción redistributiva del Estado- y que incorpora el efecto neto de los impuestos y transferencias que se dan entre las familias y las administraciones públicas (ver el esquema 1).

Esquema 1



Por otra parte, si deseáramos ser aún más rigurosos, al efecto sobre la equidad de los flujos monetarios entre particulares y el Estado -que se computan en la distribución secundaria- habría que añadir el derivado del impacto de los *servicios públicos* que se proporciona a los ciudadanos sin pago directo -ya que son financiados por la vía impositiva- y que representan en Europa un importante "salario indirecto", ya que se trata de servicios (sanitarios y educativos entre otros) que tendrían que abonar los usuarios directamente de no existir esta provisión pública y que muchas familias humildes no podrían costearse. E, incluso, yendo más lejos, cabría identificar el efecto sobre la igualdad de la *solidaridad intrafamiliar y social* (vecinos, asociaciones, ONG) que, en momentos de crisis, evita que una parte significativa de la sociedad pueda caer en la pobreza, la marginación y la exclusión. El mayor problema para computar este último tipo de redistribución radica en la imposibilidad de obtener una cuantificación estadística fiable del fenómeno.

Podemos valorar la función redistributiva del Estado -sin incluir los dos últimos niveles señalados- comparando los datos del cuadro 1 con los del 2. Este último indica la distribución de la renta derivada directamente de la actividad mercantil. De este modo, si en 2013¹³ para el promedio de los primeros 15 países de la Unión Europea el índice de Gini antes de la intervención del Estado era de 52,1 y después de esa intervención -a través del saldo neto de impuestos y transferencias- bajaba al 30,4 ello implica, nada menos, que una reducción de la desigualdad de en torno a un 40%. Si a eso añadimos el influjo de los servicios públicos que tiene un impacto estimado de otro 20% -aunque no suelen estar disponibles estudios por países por la complejidad metodológica que implica su medición- podemos concluir que *el Sector Público desempeña un papel extraordinariamente destacado en la reducción de la*

¹³ Eurostat no proporciona todavía valores de esta variable para 2014.

*desigualdad*¹⁴. Lo que queda aún más de manifiesto si tenemos en cuenta que -en todos los países considerados en la muestra- la distribución primaria empeoró sensiblemente durante los años de la crisis (de modo muy significativo en España, Reino Unido, Portugal, Suecia y, de manera extrema, en Grecia).

Cuadro 2. Índice de Gini antes de las transferencias sociales en la UE-15 y varios países seleccionados 2007-2013

| | 2007 | 2008 | 2009 | 2010 | 2011 | 2012 | 2013 |
|----------|------|------|------|------|------|------|------|
| UE-15 | 49,5 | 49,9 | 49,7 | 50,4 | 51,1 | 51,3 | 52,1 |
| Alemania | 54,4 | 56,0 | 54,4 | 55,4 | 55,5 | 54,4 | 56,4 |
| España | 45,4 | 45,4 | 44,5 | 46,8 | 48,8 | 48,7 | 49,3 |
| Francia | 49,9 | 48,8 | 48,7 | 49,2 | 49,7 | 49,8 | 50,3 |
| Grecia | 49,4 | 49,1 | 49,4 | 49,1 | 51,9 | 56,9 | 61,6 |
| Italia | 47,8 | 46,5 | 46,6 | 47,0 | 48,0 | 47,5 | 48,9 |
| Portugal | 51,0 | 50,2 | 50,7 | 50,0 | 50,3 | 55,9 | 55,9 |
| R. Unido | 50,4 | 51,9 | 53,0 | 53,6 | 53,4 | 55,3 | 54,5 |
| Suecia | 44,3 | 52,2 | 51,6 | 52,7 | 54,8 | 52,4 | 53,4 |

Fuente: Eurostat

Aunque, junto a esta constatación cabe hacer otra no menos importante: *la capacidad del Estado para neutralizar los procesos de polarización* -incluso dentro del relativamente homogéneo contexto de la Europa comunitaria- *resulta enormemente diversa*. Así, por ejemplo, en España, esa caída de la inequidad representó un 31,6%, en Italia un 33,5% y en Portugal el 38,2%. Dentro del conjunto periférico, solamente en Grecia -sumida en el caos económico y social- el papel corrector del Estado superó al promedio de la UE-15, alcanzando el 44,2%. Este comportamiento fue extraordinario ya que, siendo el país en el que más había aumentado la desigualdad de mercado desde 2007 (un 24,7%), fue capaz de mantener completamente estable el nivel de equidad en la renta disponible de los hogares. Pero otros países conseguían reducir la desigualdad en mucha mayor medida gracias a la intervención pública. Es el caso de Francia y Alemania -partícipes del modelo continental de bienestar- que lo hicieron en un 40,2% y un 47,4% respectivamente e, incluso del Reino Unido -con su régimen liberal- que fue capaz de reducir la desigualdad ese año un 44,6%, por no referirnos a Suecia que -partiendo de uno de los niveles más elevados de desigualdad primaria- lo hizo en un 53,4%. A pesar de estas sustanciales diferencias, todo viene a confirmar que, si el coste social de la crisis para el sur de Europa ha sido muy profundo, sin la actuación del Estado habría sido sencillamente catastrófico

En definitiva, las situaciones de crisis no abocan necesariamente a un escenario de mayor polarización económica y social. De hecho, cabe establecer políticas económicas y sociales enfocadas a preservar o mejorar la equidad. Estas pueden incidir en la distribución primaria -a través de la creación de empleo, la elevación de la productividad, la mejora de las condiciones laborales y las remuneraciones, así como evitando el poder

¹⁴ OCDE: *An Overview of Growing Income Inequalities in OECD Countries: Main Findings, Divided We Stand. Why Inequality Keeps Rising?* OECD Publishing, París, 2011.

oligopólico o monopólico de las empresas-, pero también en la labor redistributiva del Estado que se plasma tanto a través de la política fiscal como por medio de los programas de gasto, sean generales (servicios públicos o transferencias monetarias de carácter universal) o focalizados en los problemas específicos de algunos sectores sociales particularmente vulnerables. Volveremos sobre esta cuestión al final del artículo

No obstante, precisamente porque las coyunturas de crisis afectan con severidad a muchas empresas y a la mayoría de los ciudadanos -al tiempo que merman los recursos de las administraciones públicas- no será fácil implementar políticas igualitarias sin la existencia de fuerzas sociales articuladas políticamente que tengan esa finalidad entre sus prioridades y sin la extensión de una amplia cultura de la solidaridad. En caso contrario, los periodos recesivos suelen saldarse con la generalización de actitudes individualistas del "sálvese quien pueda" o el ascenso de propuestas políticas de carácter reaccionario, populista o directamente favorables a las élites económicas.

4. ¿Qué causas explican el aumento de la inequidad en Europa y en España?

Ya hemos constatado que, aunque la crisis tendió a generar un aumento de la desigualdad en la distribución de la renta a nivel primario, en el nivel secundario la trayectoria de los distintos estados de la Europa comunitaria fue distinta, dependiendo tanto de la naturaleza del deterioro económico como de las políticas económicas llevadas a cabo para afrontarlo. Intentaremos ahora identificar el comportamiento de las principales variables que parecen incidir en la mayor o menor concentración de los ingresos.

Siguiendo el esquema planteado en el anterior apartado comenzaremos prestando una rápida atención a los factores que han incidido en la distribución primaria. En líneas generales, como ha destacado recientemente la Organización Internacional del Trabajo, "Entre 1999 y 2013, el crecimiento de la productividad laboral en las economías desarrolladas superó al crecimiento del salario real, y la participación salarial en la renta nacional –otro indicio de la relación entre los salarios y la productividad– se redujo en las economías desarrolladas más grandes"¹⁵. Este fenómeno, unido a la financiarización de la economía, parece guardar estrecha relación con la intensa concentración de la renta que se ha producido entre las élites económicas de occidente en las últimas décadas y que explica la creciente polarización entre los extremos de la distribución¹⁶.

Efectivamente, según los datos que ofrece Eurostat, siendo la participación salarial media de la UE-15 del 64,4%, y habiéndose mantenido sin grandes oscilaciones durante el periodo 2007-2013, puede observarse claramente como la Europa meridional experimentó una sensible caída de las rentas del trabajo a

¹⁵ OIT -Organización Internacional del Trabajo- (2015): *Informe mundial sobre salarios 2014/2015*. Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, 2015. p. xvi.

¹⁶ PIKKETY, Thomas: *El capital en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2014. STIGLITZ, Joseph: *El precio de la desigualdad*, Taurus, Madrid, 2012.

partir de 2010 que contrasta netamente con lo ocurrido en el resto de los países del entorno. Grecia redujo la participación cinco puntos porcentuales (del 60% al 55%); España tres puntos (de 63,2% a 60,3%) y Portugal dos y medio (del 63,9% al 61,3%). Únicamente Italia mantuvo la proporción de las rentas salariales durante estos años (del 61,6% al 61,7%), aunque su nivel continuó situado en la zona inferior de la UE-15. Reino Unido, Suecia y Alemania mostraron en ese periodo un comportamiento positivo de esta variable. Sorprendentemente, Francia presenta el resultado más favorable del conjunto en cuanto a la participación salarial (pasando del 65,5% al 66,8%) en unos años en los que, al mismo tiempo, la desigualdad creció intensamente.

En los países más afectados por la recesión, la caída de las rentas salariales ha sido resultado conjunto tanto de la reducción en el número de los trabajadores ocupados, como de la disminución de sus retribuciones. En general, la evolución de los salarios ha sido descendente en los últimos años. De hecho, según indicaba el Informe de la Organización Internacional del Trabajo anteriormente mencionado "En algunos casos –como los de España, Grecia, Irlanda, Italia, Japón y Reino Unido–, el nivel del salario medio real en 2013 fue inferior al de 2007"¹⁷. Más en concreto, al comparar los salarios reales medios de la periferia europea entre 2007 y 2013 se constata una brutal caída en Grecia (75,8% del nivel de 2007), que se convierte en menor, aunque significativa, en Italia (94,3%) y España (96,8%). Solamente Portugal escapa a ese deterioro, ya que el salario promedio real en 2012 (último dato disponible) fue del 103,4% del correspondiente a 2007¹⁸.

Otro factor que, en principio, podría haber elevado la desigualdad sería el de la dispersión salarial. Sin embargo los datos disponibles -en este caso solo hasta 2012- no parecen avalar esta hipótesis. El cuadro 3 muestra como el abanico salarial lejos de ampliarse se redujo durante la crisis. Este -a primera vista- sorprendente fenómeno parece deberse a un efecto estadístico derivado del hecho de que, en un primer momento, quienes perdieron el empleo al desencadenarse la recesión fueron, sobre todo, quienes tenían una situación laboral más precaria (temporales, eventuales, a tiempo parcial, con menor antigüedad, en empleos poco cualificados como los de la construcción, etc.). La desaparición de los empleos peor remunerados redujo la desigualdad salarial.

Cuadro 3. Ratios de dispersión salarial para varios países de la UE-15*

| | Ratio 5/1 | | | Ratio 9/1 | | | Ratio 9/5 | | |
|-----------------|-----------|------|------|-----------|------|------|-----------|------|------|
| | 2000 | 2007 | 2012 | 2000 | 2007 | 2012 | 2000 | 2007 | 2012 |
| Alemania | 1,71 | 1,83 | 1,77 | 3,04 | 3,26 | 3,26 | 1,77 | 1,78 | 1,84 |
| España | 1,69 | 1,68 | 1,64 | 3,55 | 3,47 | 3,07 | 2,10 | 2,06 | 1,88 |
| Francia | 1,59 | 1,47 | - | 3,10 | 2,91 | - | 1,95 | 1,98 | - |
| Grecia | 1,72 | 1,72 | 1,55 | 3,44 | 3,43 | 2,71 | 2,00 | 1,99 | 1,75 |
| Italia | 1,44 | 1,45 | 1,52 | 2,22 | 2,27 | 2,32 | 1,54 | 1,56 | 1,53 |
| Portugal | - | 1,65 | 1,49 | - | 4,31 | 3,81 | - | 2,61 | 2,57 |
| R. Unido | 1,82 | 1,81 | 1,79 | 3,46 | 3,59 | 3,55 | 1,90 | 1,98 | 1,98 |
| Suecia | 1,39 | 1,40 | 1,38 | 2,35 | 2,34 | 2,27 | 1,70 | 1,67 | 1,65 |

Fuente: OCDE

¹⁷ OIT *op cit*: p. xvi

¹⁸ OIT *op cit*: p. 7.

(*): Para España y Grecia el primer año del periodo para el que hay datos disponibles es 2004. Mientras tanto, no hay dato disponible para Italia para el año 2007, aunque sí para 2008, que es el que se ofrece. Buscar el más próximo disponible de Francia.

Posiblemente, si tuviéramos acceso a los datos correspondientes a 2013, 2014 y 2015 observaríamos un aumento significativo de la dispersión, originada por la reciente extensión de un empleo de calidad ínfima y salarios muy bajos. De hecho, la misma Unión Europea se ha manifestado preocupada porque, en los últimos dos años, uno de cada tres nuevos empleos creados no permiten al trabajador salir de la pobreza, hecho que en España, por desgracia, asciende a dos de cada tres. Esto obliga a ser muy precavidos a la hora de hablar de recuperación económica o superación de la crisis.

Cuadro 4. Tasas de paro en los países de la Unión Europea-15 (2007-2014)

| | 2007 | 2008 | 2009 | 2010 | 2011 | 2012 | 2013 | 2014 |
|--------------------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| Unión Europea (15) | 7,1 | 7,2 | 9,1 | 9,6 | 9,6 | 10,6 | 11,0 | 10,7 |
| Bélgica | 7,5 | 7,0 | 7,9 | 8,3 | 7,2 | 7,6 | 8,4 | 8,5 |
| Dinamarca | 3,8 | 3,4 | 6,0 | 7,5 | 7,6 | 7,5 | 7,0 | 6,6 |
| Alemania | 8,5 | 7,4 | 7,6 | 7,0 | 5,8 | 5,4 | 5,2 | 5,0 |
| Irlanda | 4,7 | 6,4 | 12,0 | 13,9 | 14,7 | 14,7 | 13,1 | 11,3 |
| Grecia | 8,4 | 7,8 | 9,6 | 12,7 | 17,9 | 24,5 | 27,5 | 26,5 |
| España | 8,2 | 11,3 | 17,9 | 19,9 | 21,4 | 24,8 | 26,1 | 24,5 |
| Francia | 8,0 | 7,4 | 9,1 | 9,3 | 9,2 | 9,8 | 10,3 | 10,3 |
| Italia | 6,1 | 6,7 | 7,7 | 8,4 | 8,4 | 10,7 | 12,1 | 12,7 |
| Luxemburgo | 4,2 | 4,9 | 5,1 | 4,6 | 4,8 | 5,1 | 5,9 | 5,9 |
| Países Bajos | 4,2 | 3,7 | 4,4 | 5,0 | 5,0 | 5,8 | 7,3 | 7,4 |
| Austria | 4,9 | 4,1 | 5,3 | 4,8 | 4,6 | 4,9 | 5,4 | 5,6 |
| Portugal | 9,1 | 8,8 | 10,7 | 12,0 | 12,9 | 15,8 | 16,4 | 14,1 |
| Finlandia | 6,9 | 6,4 | 8,2 | 8,4 | 7,8 | 7,7 | 8,2 | 8,7 |
| Suecia | 6,1 | 6,2 | 8,3 | 8,6 | 7,8 | 8,0 | 8,0 | 7,9 |
| Reino Unido | 5,3 | 5,6 | 7,6 | 7,8 | 8,1 | 7,9 | 7,6 | 6,1 |

Fuente: Eurostat

Aunque, sin duda, el factor que más influye en la ampliación de la desigualdad y la pobreza, al menos en España, es el desempleo (ver cuadro 4), variable en la que nuestro país muestra un comportamiento mucho peor que el resto de la UE-15 y solo comparable a Grecia que, sin embargo, como indicábamos anteriormente, no ha elevado la desigualdad tanto como nosotros (aunque sus niveles absolutos actuales sean similares). La duración del desempleo, su concentración en ciertas franjas poblacionales o en determinadas zonas geográficas -como ocurre en nuestro país- ha tenido sin duda consecuencias muy negativas sobre la equidad. No deberíamos olvidar, por último, el hecho de que en casi toda Europa se han llevado a cabo en los últimos años reformas laborales que han debilitado la posición negociadora de los trabajadores y las organizaciones sindicales. La reducción de los derechos de los asalariados y el aumento de las exigencias hacia ellos -ambos fenómenos reforzados por el mismo nivel de desempleo-, están profundizando la dualización del mercado laboral y, con ello, sentando las bases de una mayor desigualdad.

Prestemos ahora, brevemente, atención a los factores que inciden en la distribución secundaria que, como hemos subrayado, puede contrarrestar una parte de la desigualdad primaria. En este terreno cabe hacer tres afirmaciones básicas.

La primera se refiere al ámbito de los ingresos del Estado. En el terreno de la política tributaria durante los últimos años las tendencias predominantes en la Europa comunitaria han consistido en reducir el peso de los impuestos directos (eliminando algunos y reduciendo los tipos en otros), mantener las cotizaciones a la seguridad social (o permitiendo algunas reducciones para estimular el empleo) y elevar la importancia de los impuestos indirectos¹⁹. En su conjunto todas estas medidas *tiene un carácter regresivo y aumentan la desigualdad*. España se ha distinguido por asumir estos planteamientos tanto en la etapa del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero -quien afirmó que "bajar los impuestos también es de izquierdas"- como en la del gobierno de Mariano Rajoy quien, forzado en parte por las circunstancias, entre otras cosas incrementó notablemente el IVA. La elevación del fraude fiscal apunta en la misma línea, dado que la evasión fiscal más importante afecta a las mayores fortunas.

La segunda es que todos los miembros de la UE-15 *han elevado el peso del gasto social como porcentaje del PIB durante el periodo de la crisis* (ver el cuadro 5) con lo que ésta ha resultado menos virulenta, aunque haya tenido consecuencias muy negativas para algunos sectores sociales. No obstante, esta afirmación debe ser matizada para no dar a entender que durante la crisis hemos asistido a un incremento de los esfuerzos de los gobiernos europeos por ampliar la protección y la cohesión social o para fortalecer el Estado de bienestar. El incremento del gasto social en relación al PIB tiene varias causas y la mayoría no se derivan de una voluntad política orientada a favorecer la equidad. La primera se refiere a la tendencia inercial de ciertas partidas -como las pensiones o el gasto sanitario- que tienden a elevarse como consecuencia del paulatino envejecimiento de la población europea. La segunda tiene que ver con el incremento automático del gasto en la cobertura del desempleo, que en tiempos de crisis se dispara y en los de bonanza se recorta. En tercer lugar es preciso subrayar que la ratio gasto social/PIB se elevó también por el descenso significativo de este último. Esto es, el mismo gasto social con un menor PIB implica necesariamente un aumento del peso del primero sobre el segundo. Por último, el gasto pudo ascender, en ciertos caso, por una decisión política de proteger a las víctimas de la crisis. En el conjunto del gasto social, estas medidas tuvieron un carácter muy secundario.

Cuadro 5. Gasto en protección social como porcentaje del PIB en la UE-15 (2000 y 2007-2012)

| | 2000 | 2007 | 2008 | 2009 | 2010 | 2011 | 2012 |
|------------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Unión Europea-15 | 25,7 | 25,6 | 26,3 | 29,0 | 28,9 | 28,7 | 29,2 |
| Bélgica | 24,2 | 25,5 | 26,7 | 29,1 | 28,6 | 29,0 | 29,4 |
| Dinamarca | 28,1 | 29,3 | 29,2 | 33,1 | 32,8 | 32,8 | 33,1 |
| Alemania | 28,7 | 26,6 | 26,9 | 30,2 | 29,4 | 28,3 | 28,3 |
| Irlanda | 12,7 | 16,9 | 20,0 | 24,9 | 27,7 | 28,7 | 31,0 |
| Grecia | 22,7 | 24,1 | 25,4 | 27,4 | 28,2 | 28,9 | 30,0 |
| España | 19,5 | 20,3 | 21,5 | 24,7 | 25,0 | 25,5 | 25,4 |
| Francia | 27,7 | 29,3 | 29,7 | 31,5 | 31,7 | 31,6 | 31,2 |
| Italia | 23,7 | 25,4 | 26,4 | 28,5 | 28,6 | 28,4 | 29,0 |

¹⁹ RUIZ-HUERTA CARBONELL, J.: "La financiación de los servicios de bienestar", Presupuesto y Gasto Público, 71, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 83-100, 2013.

| | | | | | | | |
|-------------|------|------|------|------|------|------|------|
| Luxemburgo | 18,9 | 19,0 | 21,0 | 23,9 | 22,6 | 22,2 | 23,0 |
| Holanda | 24,7 | 26,7 | 26,9 | 29,7 | 30,3 | 30,5 | 31,4 |
| Austria | 27,5 | 27,0 | 27,7 | 29,8 | 29,8 | 29,0 | 29,3 |
| Portugal | 18,6 | 22,6 | 23,2 | 25,5 | 25,4 | 25,0 | 25,4 |
| Finlandia | 24,3 | 24,6 | 25,4 | 29,5 | 29,7 | 29,2 | 30,4 |
| Suecia | 29,3 | 28,6 | 28,9 | 31,4 | 29,8 | 29,1 | 29,9 |
| Reino Unido | 25,2 | 23,8 | 24,6 | 27,5 | 27,1 | 27,6 | 28,4 |

Fuente: SEEPROS (Sistema integrado de cuentas de la protección social). Eurostat 2015

La tercera consideración se refiere al hecho de que, aunque el gasto social global pudiera elevarse como proporción del PIB, *el gasto real en relación con los destinatarios específicos de cada partida pudo sufrir importantes mermas* en los países más golpeados por la gran recesión. Con la excepción de las pensiones -que, en general, han visto mantener su poder adquisitivo- otros gastos han disminuido su valor per cápita. Así para el caso español, entre 2009 y 2013 el gasto en políticas sociales per cápita se redujo un 10,1% (de 6.933€ a 6.230€²⁰) y los de sanidad y educación un 20%, siendo además ese recorte absolutamente desigual territorialmente, de modo que las zonas más pobres y con mayores necesidades padecieron mermas mayores de los fondos disponibles²¹. En el resto de países meridionales la evolución fue parecida: entre 2011 y 2013 el gasto en salud per cápita se redujo un 15,9% en Grecia, un 13,4% en Portugal²² y un 7,8% en Italia (Banco mundial). Y algo parecido ocurrió en el ámbito educativo²³. Aunque los datos disponibles solo alcanzan a 2011, el deterioro es indudable. Según la información proporcionada por Eurostat -que no aporta datos para Grecia- en España e Italia el gasto por estudiante comendó a descender desde 2008, cayendo hasta 2011 un 4,2% y un 9,2%, respectivamente. Algo aún más acusado se produjo en el terreno de la protección de los parados cuya tasa de cobertura fue reduciéndose con el paso del tiempo (por agotamiento de los periodos previstos), así como las cuantías de las prestaciones (que también tienden a reducirse paulatinamente).

5. Para terminar, la pregunta clave: ¿pueden revertirse estas tendencias?

Una primera contestación a este interrogante se deriva directamente del análisis efectuado hasta ahora: no es fácil, pero sí posible. Muchos países lo han conseguido durante muchas fases de la historia económica reciente. Podemos sostener que la lucha contra la desigualdad actual es una exigencia que se deriva tanto de la búsqueda de mayor justicia social, como de los requerimientos de una dinámica económica sana, alejada de la especulación y del endeudamiento. No es solo que las grandes desigualdades rompen la cohesión social y degradan el clima económico, sino que su elevada magnitud va mucho más allá de lo necesario para establecer una adecuada estructura de incentivos para el trabajo o el emprendimiento.

²⁰ Euros constantes de 2013.

²¹ PÉREZ GARCÍA F. (dir), CUCARELLA TORMO, V. y HERNÁNDEZ LAHIGUERA, L. (2015): *Servicios públicos, diferencias territoriales e igualdad de oportunidades*, Fundación BBVA-IVIE (Instituto valenciano de investigaciones económicas), 2015.

²² En este caso de 2010 a 2013

²³ OCDE: *Education at a Glance 2014. OCDE Indicators*, París: OECD Publishing, 2014.

Con todo, habría que diferenciar, entre lo que se puede hacer en el corto y en el largo plazo. A corto plazo, la creación de empleo, el fortalecimiento de la posición negociadora de los trabajadores en la pugna distributiva, el establecimiento de una estructura tributaria progresiva, el mantenimiento de la universalidad en los servicios público básicos y la intensificación del gasto social focalizado en las personas con menores ingresos pueden tener un efecto muy positivo sobre la equidad económica. A largo plazo resulta necesario afrontar cuestiones como la reforma de la estructura productiva (para desarrollar actividades con mayor valor añadido), la reducción del peso económico y político de las élites que acaparan la renta, la mejora en la cualificación de la población activa, la equiparación de las condiciones del mercado de trabajo, la eliminación de la discriminación de género, la creación de infraestructuras sociales adecuadas, la mejora de la calidad institucional, la reducción del fraude, la consolidación de una cultura de la solidaridad intergeneracional, intrageneracional e interterritorial, etc.

La lógica natural del capitalismo no tiende a generar mayor equidad de modo espontáneo, por lo que ésta tendrá siempre que lograrse como conquista política. Es la política económica en sentido amplio la que puede y debe establecer mecanismos correctores de la propensión a la desigualdad que genera la actividad mercantil por su propia naturaleza y que es agravada por el muy diferenciado poder del que gozan los distintos agentes económicos que operan en los mercados. Por otra parte, no conviene olvidar que los gobiernos solo tienen una capacidad limitada de incidir en la dinámica económica general y que la crisis actual ha incrementado muy seriamente las restricciones con las que puede operar cualquier tipo de intervención pública en el ámbito económico.

Pero, por otra parte, quisiera evitar que la invitación a perseguir una mayor igualdad fuera percibida como una expresión de voluntarismo y falta de rigor económico. No es así. En los últimos años son cada vez más numerosos los economistas que alertan sobre el riesgo económico de la excesiva concentración de la riqueza y de cómo ésta constituye una de las causas estructurales de la crisis actual. Ya nos hemos hecho eco de algunos de ellos en las anteriores páginas.

Lo verdaderamente interesante del momento presente es el hecho de que muchos de ellos -verdaderos profesionales con una reputación académica irreprochable- se atreven a proponer medidas para luchar drásticamente contra la desigualdad. No cabe catalogarles de ingenuos idealistas. Es el caso de los premios nobel norteamericanos de Economía como Paul Krugman²⁴ y Joseph Stiglitz²⁵ o, más recientemente, del máximo especialista de la OCDE en materia distributiva y profesor en Oxford, Anthony B. Atkinson, quien acaba de publicar un libro sobre *cómo combatir la desigualdad*²⁶ que es el resultado de

²⁴ KRUGMAN, Paul: *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Crítica, Madrid, 2009. *¡Acabad ya con esta crisis!*, Crítica, 2012.

²⁵ STIGLITZ, Joseph: " *The Great Divide*": *unequal societies and what we can do about them*, W.W. Norton and Company, 2015.

²⁶ ATKINSON, A. B.: *Inequality. What can be done?*, Harvard University Press, 2015.

más de cuatro décadas dedicadas al estudio de la desigualdad económica y sus determinantes.

En su sugerente trabajo, Atkinson propone un amplio abanico de medidas - algunas más radicales que otras pero, en ningún caso, revolucionarias- que, de llevarse a cabo -conjunta o parcialmente-, permitirían incrementar notablemente la equidad en el país que fuera capaz de aplicarlas. Tratan de reequilibrar las distorsiones generadas por la dinámica mercantil y la concentración del poder. Ciertamente, están formuladas a partir de las características estructurales de los países desarrollados -particularmente Estados Unidos y Gran Bretaña- pero podrían inspirar medidas análogas en otros contextos de menor desarrollo. Enumero algunas de las más importantes propuestas de Atkinson -a modo de ilustración-, para constatar, sobre todo, que no estamos inermes ante el escándalo de la desigualdad y que existen herramientas para suavizarla sustancialmente²⁷:

1. Fomentar innovaciones tecnológicas que facilitaran la empleabilidad de los trabajadores.
2. Fortalecer el sindicalismo independiente, dado que los grandes propietarios de capital poseen un poder mucho mayor.
3. Asegurar el empleo universal convirtiendo al Estado en empleador de última instancia, capaz de ofrecer trabajo con un salario mínimo a quien lo solicitara.
4. Asegurar unos salarios mínimos decentes y fijar límites máximos a los sueldos mas elevados.
5. Fomentar el ahorro nacional, haciendo que el gobierno ofreciera cuentas con un rendimiento real positivo.
6. Proporcionar a todos los ciudadanos una herencia mínima universal, con la que pudieran indicar la edad adulta con ciertos recursos económicos.
7. Crear una autoridad pública de inversiones que elevara el patrimonio del estado, con la finalidad de favorecer la igualdad intergeneracional.
8. Elevar los tipos del Impuesto sobre la Renta hasta un máximo del 65% para los ingresos más altos y reducir el peso de los impuestos indirectos.
9. Ofrecer descuentos en el impuesto sobre la renta a las más bajas, otorgando incluso transferencias positivas a las que no llegaran a un nivel mínimo.
10. Las herencias deberían tener un gravamen progresivo y no quedar excluidas o tener un tipo fijo como ocurre actualmente de modo generalizado.
11. Redefinir el impuesto sobre la propiedad que grave su valor real y sea claramente diferenciable del resto.
12. Ofrecer un salario o beca universal para los niños que son el futuro de toda sociedad.
13. Crear un ingreso básico para toda la población, independiente del acceso a un trabajo remunerado, que impida caer en la exclusión social.
- 14 Establecer una pensión universal básica para todas las personas mayores que no dependiera del historial de las cotizaciones a la seguridad social.
15. Elevar la Ayuda Oficial al Desarrollo de los países ricos al 1% de su PIB con la finalidad de reducir la desigualdad y la pobreza a escala mundial.

²⁷ Reproducimos aquí, sintéticamente, el resumen de las propuestas elaborado por Diego Castaño para *Horizontal*. 7 de julio de 2015.

Esta amplia batería de propuestas -muchas de ellas conocidas- muestra que reducir la desigualdad es técnicamente posible, pero al mismo, revela la dificultad política que representa lograrlo si no se extiende en la sociedad una amplia cultura de la solidaridad y la equidad mucho mayor de la que predomina actualmente entre nosotros y que, por otra parte, está siendo erosionada por el discurso *meritocrático* del neoliberalismo. Un familiar mío expresaba este dilema de un modo verdaderamente afortunado afirmando: *"el problema no son los ricos, sino la cantidad de candidatos"*

En definitiva, reducir la desigualdad está en nuestras manos, pero siempre quedará la pregunta: ¿quién pondrá el cascabel al gato?